



www.loqueleo.com/co

James no está en casa

© Del texto: 2008, Constanza Martínez Camacho

© De las ilustraciones: 2024, Verónica Cardona

© De esta edición:

2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-20-8

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Primera edición en Loqueleo Colombia: agosto 2024

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

James no está en casa

Constanza Martínez Camacho

Ilustraciones de **Verónica Cardona**



loqueleg

*A mi hijo Gabriel,
por su seria convicción
de creador de ensueños.*

James está en casa... pero ¿quién es James?

¡Quién iba a pensar que una vieja lavadora iba a ser la responsable de toda esta historia! Honestamente, cuando llegó a mi casa, en un camión de mudanzas que parecía haber sido fabricado muchos años antes de Cristo, no imaginé que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Era una caja cuadrada gigantesca, de color verde crema, llena de hojas secas, lianas, musgos, líquenes, caracoles, babosas, insectos, larvas en gestación y otros moluscos dignos de estar en mi libro de Ciencias.

Cuando el ayudante del camión la descargó en el centro de la cocina, pensé que mi Ma se había enloquecido por recibir tantas vibraciones musicales en su cabeza. Para los que no la conocen, mi Ma es cantante de ópera y se pasa el tiempo entre el salón de clase, el teatro y nuestro pequeño

apartamento. Podía ser que de tanto cantar en tonos tan agudos su cabeza sufriera algún daño.

—¿Estás segura de que “esa cosa” funciona?
—le pregunté.

10 —Es una ganga que nos ofreció muy amablemente la señora Doyle —me respondió algo contrariada—. Agradece que tenemos lavadora y que no volveremos a llevar la ropa adonde tus abuelos.

Como sé cuándo no conviene discutir con mi mamá porque se pone muy susceptible, decidí seguirle la cuerda y obedecerle, al menos mientras se le pasaba la emoción de la nueva compra. Además, tenía razón; llevar la ropa a casa de mis abuelos era una tarea que yo preferiría no hacer. No era agradable mostrarle mi ropa interior a todo el barrio, ni que las niñas del conjunto conocieran el estado de mis medias después de una clase de gimnasia, así que comencé a aceptar que la compra de la lavadora era lo mejor que nos podría pasar... Claro, después de la obtención del horno microondas.

Solo había una cosa que me preocupaba: la lavadora estaba llena de humedad, óxido, plantas acuáticas y animales babosos, y, por lo que veía, los dos íbamos tener que limpiarla... ¡y sin guantes!



—¡Guácala! Esta lavadora debió haber pasado por el Jardín Botánico antes de venir a nuestra casa —le dije con cierto asco—. Contiene todas las especies de animales de jardín que existen.

12 —No seas tan exagerado —replicó mi Ma—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hables mal de nuestras cosas? Es cierto que está un poquito abandonada, pero ya verás cómo va a quedar cuando la limpiemos... Y hablando de limpiar, voy a buscar unos trapos...

Mi Ma me respondió con el mismo tono con el que me habló hace unos años, cuando le advertí que el carro que íbamos a comprar estaba semides-truido por debajo, lo cual se comprobó durante un paseo a la sabana en el que el chasis se rompió por completo y nos tocó regresarnos en grúa.

De manera que las opciones eran: ayudarla a limpiar el armatoste o ganarme un sermón de dos horas que no iba a llevarnos a nada o, quizás peor, que me iba a enviar castigado directamente al cuarto.

En eso pensaba cuando mi mamá reapareció con un par de camisetas viejas, un brillametales y un desinfectante:

—Yo me encargo de la parte delantera y tú, de los lados, mi amor —dijo, mientras me alcanzaba una camiseta y el tarro de brillametales—. Apurémonos porque no tengo mucho tiempo. En media hora debo salir al teatro.

Yo pensaba: “Quién pudiera sacarme de este rollo. Ojalá apareciera un mayordomo o un ama de llaves, los padrinos maravilla, así como en las películas, alguien que me sacuda los caracoles y las babosas que suben por mi pierna. Dios, si existes, sálvame de limpiar esta máquina de mugre, por favor”. Pero ni la vida es igual a las películas ni Dios se ocupa de hacer nuestros deberes, así que resignado comencé a pasar el trozo de camiseta vieja por la superficie de la lavadora.

Lo que sucedió después nos dejó perplejos: a medida que limpiábamos la máquina, la cubierta se iba calentando. Era como si la máquina... ¡estuviera viva! Pensé que podría ser el sol que entraba por la ventana, pero de pronto, para mayor sorpresa, escuchamos unos golpes que venían de dentro: *¡Toc, toc, toc!* Mi Ma y yo nos quedamos paralizados. *¡Toc, toc, toc!*

—¡Las ánimas del purgatorio! —logró decir, presa del miedo—. Recemos, mijito, que vienen por nosotros.

Yo me arrodillé y empecé a rezar el padrenuestro, cuando vi cómo la tapa de la lavadora comenzó a abrirse sola... Entonces cerré los ojos muy fuerte y recé más duro para que lo que saliera no nos fuera a comer vivos.

14

Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído: de la máquina emergió la cabeza canosa de un anciano y, poco a poco, el cuerpo largo y espigado de alguien parecido a un mesero elegante, que usaba un gracioso monóculo en su ojo derecho.

Se trataba de un hombre muy delgado, de unos setenta años, un metro con ochenta de estatura, perfectamente peinado, con una camisa de mancornas, chaleco, pantalón a rayas, corbatín de seda y sacoleva negro. Se dirigió a mi mamá:

—Buenas tardes, señora. ¿Es esta la residencia del Marqués de Carabás? Iba camino a su castillo y, al parecer, me perdí.

El hombre tenía acento extranjero y parecía que llevara una tabla en la espalda, de lo recto que

se paraba. Mi mamá seguía paralizada, con la boca y los ojos abiertos. El agua hirviente rebosaba la olla y el vapor calentaba el ambiente.

—No, señor. Esta es la casa de mi mamá y la mía —le respondí, mientras mi Ma comenzaba a frotarse una ceja con el dedo pulgar, señal de que estaba realmente aterrorizada.

—¡Oh, disculpe, joven! —dijo, volviéndose hacia mí—. A lo mejor podría usted responderme una pregunta... ¿Alguien frotó la máquina con algún paño o tela?

—Sí, sí, señor. Pe... pero solo para quitarle la mugre —le respondí, señalando la tapa de la lavadora.

—Ummm... Eso lo explica todo —murmuró, con tranquilidad. Y luego, acercándose a mi Ma, dijo en tono ceremonial—: Perdonen la intromisión, mi nombre es James Anthony Joshua Samuel Stoker Fiorentini, mayordomo de profesión y único viajero de este vehículo giratorio. A partir de ahora, estoy enteramente a su servicio.

“¡Es genial!”, pensé emocionado, “tenemos un mayordomo que salió de una lavadora. ¡Nadie me lo va a creer!”. Lo único mágico que me había

salido en algo era un muñeco del Hombre Araña en un paquete de papas. Esto era ¡mo-nu-men-tal!

En ese momento mi mamá cayó desmayada y mi vida cambió para siempre.

Un científico loco y un invento genial

Mi Ma se despertó como media hora después. James la abanicaba con una revista de modas mientras yo le alcanzaba un vaso de agua. La impresión había sido muy fuerte, y mi mamá era demasiado sensible a las novedades como para resistir la llegada de nuestro mayordomo.

17

Una vez regresó al mundo de los despiertos, mi Ma dio un salto al ver a James tan cerca.

—¿Quién es usted y qué hace en mi lavadora?
—le preguntó, amenazándolo con un sartén.

James la miró con tranquilidad, sonrió y le dijo:
—Si me lo permite, señora, fui convocado a esta bella estancia por petición del joven Gabriel mientras frotaba un paño sobre la superficie de este artefacto. Atendiendo a su llamado, he venido a cumplir sus solicitudes. Le ruego que baje el sartén. Podría lastimarse si hace un mal uso de este.